

LA HISTORIA EN IMÁGENES. WALTER BENJAMIN Y EL CONCEPTO DE ACTUALIDAD

History in Images. Walter Benjamin and the Concept of Actuality

ANA NEUBURGER*

ana.neuburger@gmail.com

Recibido: 28 de septiembre de 2015

Aceptado: 5 de diciembre de 2015

RESUMEN

En el presente ensayo analizaremos las relaciones entre las nociones de imagen y tiempo en los escritos de Walter Benjamin, considerando el actual panorama de los debates en torno a la temporalidad. Por tanto, nos resulta relevante considerar los alcances del concepto de actualidad en el pensamiento de Benjamin en la medida en que tal noción se constituye como la base para reflexionar sobre la concepción histórica y su despliegue en imágenes. De allí que nos interesa detenernos en ciertas figuras presentes en los textos del autor -*Denkbilder*- donde se explora la relación entre escritura e imagen.

Palabras clave: actualidad; historia; imagen; escritura.

ABSTRACT

In this essay we'll analyze the relationships between the notions of image and time in the writing of Walter Benjamin, according to contemporary debates around temporality. Therefore, we find it important to consider the scope of the concept of actuality in Benjamin's thought because of that notion is established as the baseline to think about historical conception and disposition on images. From here, we interest on certain figures in the texts of the author -*Denkbilder*- where the relation between imagine and writing is explored.

Key words: actuality; history, image; writing.

* Universidad Nacional del Córdoba, Argentina.

1 EL PROBLEMA DE LA HISTORICIDAD

La pregunta por la actualidad ha tomado la forma de una insistencia a lo largo de la historia, y su manifestación se vuelve significativa para comprender muchas de las prácticas que en nuestro tiempo tienen lugar. Este interrogante excede a las disciplinas vinculadas a la filosofía, la literatura, la estética o la historia; más bien creemos que esa insistencia ha conformado un espacio común que reúne multiplicidad de voces que se cuestionan por la enunciación del presente. Sin embargo, hay algo que se impone en este escenario muchas veces definido bajo la forma de una clausura. Nuestra época no ha dejado de proclamarse como el final de todo aquello que se imponía hace un siglo atrás –aquello que tramaba los sentidos a partir de los cuales se configuraba el mundo. No obstante, los anuncios de este fin dan cuenta de una crisis donde es posible a su vez avizorar la emergencia de una nueva potencia: la de un paisaje que, suspendiendo la agonía de los restos, hace de ellos la posibilidad misma de interrogación por el presente. Frente a este escenario, marcado por las ruinas de lo que fue, volvemos a la pregunta por el modo de habitar este presente o mejor aún, por la potencia o alcances de este nuevo escenario.

¿Qué implicancias tiene para nuestro tiempo este tono de decadencia? Escribe Agamben en *Idea de la prosa*: “Como si más allá de esta alternativa no existiese la única probabilidad propiamente humana y espiritual: la de sobrevivir a la extinción, de saltarse el fin del tiempo y de las épocas históricas, no hacia el futuro y el pasado, sino hacia el corazón mismo del tiempo y de la historia”¹. Salvar la época de su propia concepción de época. Quizás lo que encierre esta idea de decadencia no sea más que el camino errante del progreso. Volveremos después a este punto, más precisamente, a preguntarnos ¿a qué se refiere Agamben con “el corazón mismo del tiempo y de la historia”?

La cuestión de actualidad se vincula estrechamente a la pregunta por la historicidad o los modos de pensar la temporalidad. En este punto, nos interesa retomar algunos aspectos del pensamiento de W. Benjamin (y su relación con otros pensadores), no sólo porque gran parte de su obra puede leerse en clave de una reformulación del pensamiento histórico, sino además porque a partir de la noción de actualidad han surgido modos de reflexionar sobre su pensamiento en nuestra época. Indudablemente, asistimos a la proliferación de lecturas y estudios en torno a los escritos de Benjamin y pareciera ser que este término, el de actualidad, no es

¹ Giorgio AGAMBEN, *Idea de la prosa*, Barcelona: Península, 1989, pág. 70.

más que una manera de encontrar cierta vigencia en este pensamiento fuera de su propio tiempo. Es decir, ¿qué permanece *vivo* de este pensamiento hoy? ¿Con qué recepción cuenta la teoría benjaminiana en nuestros tiempos?

Antes de hacer algunas anotaciones en torno a estas preguntas –que creemos atentan contra la misma noción de actualidad benjaminiana– necesariamente debemos detenernos en el alcance de la noción de historia que comprenden los escritos del autor, porque precisamente ahí se encuentra la base del concepto de *Aktualität*.

2 CRÍTICA AL PASADO COMO HECHO ACONTECIDO

Quizás sea conveniente comenzar explicitando que la idea de progreso abarcó completamente el panorama del siglo XIX y, por tanto, la propia concepción de historia. Y en este punto es donde nos interesa retomar la figura de Benjamin, porque percibimos en sus escritos el ímpetu revolucionario al que conduce sus reflexiones en torno al tiempo. Las tesis *Sobre el concepto de historia*², tal como enuncia Reyes Mate, son el armazón teórico con el que podemos interpretar de un nuevo modo la historia y, por tanto, su tiempo y el nuestro. La pregunta que se nos presenta es cómo este texto tan breve como enigmático, de indudable contemporaneidad con su tiempo, logra llegar hasta aquí, a nuestro tiempo, y alcanza a hacer extensible sus efectos. Porque advertimos en sus escritos la amenaza signada de su propio tiempo, *la medianoche de la historia* o *el aviso de incendio*³. Tal vez la crítica que emprende Benjamin a la idea de progreso perdure hasta nuestros días porque aún no hemos logrado alterar de modo radical el vínculo que nos une al pasado, porque no hemos abandonado esa mirada museística que anuncia al pasado como hecho consumado. El riesgo que constituye a su interior la idea de progreso es pensar la historia como algo clausurado, como hecho cerrado ante la idea de este pasado inmóvil. Para Benjamin, la relación con *lo que ha sido* es siempre una relación de actualización, es decir, de un momento crítico que el presente le hace al pasado. Esto no significa que el pasado desde esta perspectiva caiga en un subjetivismo de pura recreación ideal. Al contrario, tal como escribe Ricardo Forster:

² Trabajaremos con la traducción de Pablo Oyarzún Robles que se encuentra en Walter BENJAMIN, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile: LOM, 2009.

³ En referencia a los libros de Reyes Mate y Michael Löwy, quienes se dedicaron a un estudio minucioso, tesis por tesis, del texto *Sobre el concepto de historia* de Benjamin.

“El concepto de apropiación del pasado en Benjamin supone también respetar la materialidad que guarda esa época a la que se cita, lo que podría denominarse “la verdad de lo acontecido”; pero sabiendo que no hay relación con el pasado que no implique un gesto constructivo que el propio presente realiza en su viaje hacia los tiempos pretéritos”⁴.

El sentido histórico, bajo el dominio de la idea de progreso, percibe en el curso del tiempo una finalidad determinada, un punto hacia dónde dirigirse. Y comprende la explicación de los hechos acontecidos de la historia bajo la lógica de la causalidad. En este sentido, la historia alcanza la forma de una linealidad uniforme. Pero sucede que el sentido del tiempo, en términos de progreso, asume el riesgo de configurar una temporalidad homogénea en la que la lectura de los hechos del pasado –en tanto continuidad– sirven como simple comprobación de un fin ya dado en la historia. Un sentido de la historia ya escrito donde los acontecimientos sucedidos sólo confirmarían una finalidad próxima a realizarse, donde la historia ya determinó sus propias condiciones de existencia. Comprender los hechos del pasado como objetos inertes capaces de ser aislados y dispuestos en un relato histórico, no contempla el movimiento del que está hecho la historia. El pensamiento de Benjamin posibilita, a partir de una crítica a la teoría del progreso, un acercamiento a otro modo de pensar la temporalidad, una apertura de la noción de historia. Permite ver irrupciones en el curso de las cosas donde sólo había una línea marcada por causas y efectos.

El concepto decimonónico de temporalidad histórica, es decir, una historia conforme a un fin y a un sujeto que actúa acorde a esa finalidad, será el centro de disputa de Benjamin y su generación. Conforme a esta crítica, el pasado no es un hecho objetivo al que el historiador vuelve con afán totalizador, pero tampoco puede ser comprendido como puro gesto subjetivo que habilita cualquier lectura del pasado. Frente a estas dos posiciones, Benjamin propone en el centro de su pensamiento un materialismo propiamente histórico: “Se puede considerar como uno de los objetivos metódicos de este trabajo mostrar claramente un materialismo histórico que ha aniquilado en su interior la idea de progreso. (...) Su concepto principal no es el progreso, sino la actualización”⁵. De este modo, el historiador se encuentra atravesado por su tiempo y sólo de este modo tiende su lazo hacia el pasado. La historia compone siempre un movimiento, un entrecruzamiento com-

⁴ Ricardo FORSTER, *Benjamin. Una introducción*, Buenos Aires: Quadrata, 2012, pág. 28.

⁵ Walter BENJAMIN, *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal, 2009, pg. 462.

plejo, una suerte de lectura atravesada por la experiencia del presente. La trama histórica para Benjamin se construye y sólo así cada época cita de un modo singular lo que le preocupa del pasado.

“El pasado no [es] una imagen plena, acabada o redondeada por la consciencia aprehensora, sino que es eso que permanece abierto, sin sutura, no consumado por el destino sino hendido en el corazón del presente”⁶.

Nos encontramos en este punto ante la necesidad de una reconfiguración de la noción de historia que en nuestros días aún sigue exponiéndose. En este debate, frente a la teoría del progreso, la teleología y la apelación a causas y efectos, Benjamin hará estallar el *continuum* de la historia para dar lugar a la emergencia y el despliegue de conexiones de temporalidades singulares, a la configuración de la historia como base de un movimiento disruptivo. Esto significa que, anulado el relato causal, los hechos del pasado no son objetos inertes capaces de ser dispuestos en el relato histórico, sino que cada acontecimiento se vuelve materia de trabajo. Lo que ha sido adviene a nosotros en un movimiento que permite ver que ese hecho del pasado comprende la forma de una huella, de un resto material de la historia. En la línea de este planteo debemos repensar completamente las relaciones entre pasado, presente y futuro.

3 DE LA CONTINUIDAD TEMPORAL AL TIEMPO AHORA

En 1978 Giorgio Agamben publica *Infancia e historia*⁷, texto quizás más conocido por el renombrado ensayo sobre la destrucción de la experiencia, donde la presencia y lectura de Benjamin se vuelve ineludible. Sin embargo, nos importa aquí otro ensayo de este libro, dado que acentúa con mayor fuerza el gesto benjaminiano para reflexionar sobre la temporalidad: “Tiempo e historia. Crítica del instante y del continuo”⁸. A partir de la idea de que cada pensamiento de la historia se

⁶ Federico GALENDE, *Walter Benjamin y la destrucción*, Santiago de Chile: Metales pesados, 2009, pg. 53.

⁷ Giorgio AGAMBEN, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007.

⁸ El vínculo que une a ambos pensadores a un primer momento resulta evidente: Agamben fue quien emprendió la tarea de editar la obra de Benjamin al italiano. Quizás el lazo más indiscutible y trabajado sea la serie que inicia Agamben con *Homo sacer* y estado de excepción, de fuerte impronta benjaminiana, además del ensayo ya mencionado sobre la destrucción de la experiencia. Quisiéramos, desde otro lugar, postular ciertos reenvíos presentes en otros escritos del filósofo italiano, en los cuales no podemos dejar de evidenciar una marcada lectura de Benjamin en torno a las cuestiones que atañen a la temporalidad –ensayos más breves como los que conforman *Ninfas* (2010), *Des-*

encuentra atravesado por una determinada experiencia de tiempo y sólo en la modificación de esta experiencia alcanzaremos otra concepción de la historia, Agamben emprende un amplio recorrido en el que buscará iluminar ciertos aspectos de la temporalidad a fin de efectuar una crítica al concepto tradicional del tiempo. La representación tradicional de la historia como *continuum* es quizás el mayor obstáculo para concebir otra experiencia del tiempo. Escribe Agamben: “Dado que la mente humana capta la experiencia del tiempo pero no posee una representación de ella, necesariamente el tiempo es representado mediante imágenes espaciales”⁹. Esta cuestión nos resulta crucial para adentrarnos más adelante en la problemática que se establece entre las nociones de tiempo e imagen. Por el momento, anticipamos que el concepto de imagen se conforma como paradigma para pensar la temporalidad, que se encuentra en la base de los debates sobre el tiempo.

El recorrido se inicia en la Antigüedad, donde el tiempo asume las formas de la circularidad y la continuidad, y se constituye como movimiento de repetición y retorno. La implicancia de tal concepción es que el tiempo en su interior no posee una dirección, por lo cual retorna sobre sí por su movimiento circular y en la sucesión de los acontecimientos permanece oculto cualquier principio o fin. Agamben recupera los escritos de Aristóteles, fundamentales para tal problemática, en la medida en que dominaron durante dos mil años la escena de la representación del tiempo, concebida de ahí en más como un *continuum* puntual, infinito y cuantificado. Resulta significativo que desde esta perspectiva la continuidad sólo se constituye a partir de la división en instantes ya que establece un punto de diferenciación entre el antes y el después. “El instante en sí no es más que la continuidad del tiempo (*synécheia chrónou*), puro límite que a la vez reúne y divide el pasado y el futuro”¹⁰. La noción de instante se establece como eje que atraviesa todo pensamiento sobre el tiempo en la historia. Asegura, en este punto, la reunión entre el porvenir y el pasado garantizando así su continuidad. Sin embargo, tal concepción amenaza con limitar el tiempo como hecho objetivo y natural, como algo ya dado en la historia.

nudez (2011), *Idea de la prosa* (1989)-. Y con esto quisiéramos aclarar que no iniciamos una búsqueda hacia aquellos textos que trabajen nociones de Benjamin en la obra de Agamben, a modo de una aplicación directa de determinados conceptos. Más bien nos interesa rastrear ese gesto benjaminiano, propio de un modo singular del pensamiento sobre la temporalidad, de un trabajo dialéctico al interior de los conceptos.

⁹ Giorgio AGAMBEN, *Infancia e historia*, op. cit., pg. 132.

¹⁰ *Ibid.*, pg. 134.

Si decíamos, junto a Agamben, que en la cultura griega la historia se funda sobre una imagen circular, la experiencia cristiana configura la historia como línea recta. El tiempo asume aquí un sentido y una dirección, es decir, se desarrolla desde la creación hacia el fin; los acontecimientos que se suceden no se repetirán: todo ocurre una sola vez. A pesar de esto, todavía persiste ese carácter de continuidad para la historia. El presente sólo consiste en el instante puntual que describía Aristóteles. Por su parte, la concepción del tiempo en la modernidad, si bien perdura la figuración rectilínea e irreversible de épocas pasadas, adquiere otros sentidos. Ya no se concibe un fin para la historia, sino que el sentido que guía tal concepción es la de un proceso estructurado a partir de un antes y un después. Aquí se sientan las bases de la historia entendida en términos de progreso, como continuidad sin fin. Su centro lo ocupa la idea de proceso en su máxima extensión, dejando la noción de “ahora” sin posible explicación. Debido a la fuerte impronta de las ciencias de la naturaleza en pleno auge, la historia se constituirá como línea cronológica. Dice Agamben al respecto: “Semejante concepción del tiempo y de la historia priva necesariamente al hombre de su propia dimensión y le impide el acceso a la historicidad auténtica”¹¹. ¿A qué se refiere Agamben con una *historicidad auténtica*? Con seguridad podemos decir que cualquier intento de pensar otra concepción de la historia implicará abandonar el ideal de conocimiento de las ciencias naturales que protagonizó el panorama del historicismo del siglo XIX. El mismo abandono, la misma crítica al progreso que postuló Benjamin con tanta urgencia en sus Tesis:

“La representación de un progreso del género humano en la historia no puede ser disociada de la representación de su marcha recorriendo un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de esta marcha tiene que construir la base de la crítica a la representación del progreso en absoluto”¹².

La pretensión de una continuidad para la historia anula toda posibilidad de concebir, como mencionamos, una auténtica historicidad. Lo que predominó ciertamente en la concepción occidental del tiempo, ya sea plasmado en la imagen del círculo o de la línea recta, fue la idea de puntualidad, de un instante que según Agamben representó “el tiempo vivido mediante un concepto metafísico-geométrico”¹³. En este punto se funda la crítica al instante, en la tarea de separar finalmente tal concepto de un pensamiento propio de la temporalidad, aquella que

¹¹ *Ibid.*, pg. 141.

¹² Walter BENJAMIN, *La dialéctica en suspenso*, op cit., pg. 48.

¹³ Giorgio AGAMBEN, *Infancia e historia*, op. cit., pág. 146.

asumió bajo esta idea la plena realización del tiempo real de la experiencia. Por esta razón es que toda vez que el pensamiento intentó emprender un nuevo sentido para la historia, una temporalidad diferente, singular, no debía más que comenzar por una crítica al instante y al tiempo continuo. Este intento podemos verlo en los escritos de Benjamin, en la búsqueda de una ruptura de la lógica causal y cronológica para dar lugar a un salto en la duración del *continuum*, para hacer emerger la noción de un tiempo interrumpido. El ahora en Benjamin ya “no es pasaje, sino que se mantiene inmóvil sobre el umbral del tiempo”¹⁴.

El modo en que Benjamin comprendió el presente significó un desvío en el camino que proponía toda idea de progreso sobre la historia. Porque subvertir los términos de pasado y presente en lo que ha sido y el ahora significaba dotar a la temporalidad de un movimiento singular donde lo eterno y lo efímero se reúnen dando lugar al instante en el que emerge toda legibilidad. El presente en Benjamin se condensa bajo el término *Jetztzeit*, comprendido como partícula temporal, tiempo-ahora, tiempo plenamente actual, como el verdadero lugar donde puede acontecer la historia. Escribe Galende al respecto:

“El tiempo-ahora, el *Jetztzeit* (...) es la inmovilidad del *continuum* en la que toda temporalidad es citada. El *Jetztzeit* como aquello que, sustrayéndose al *continuum*, se sustrae también a la duración, nos da la 'representación' de lo eterno de la idea. O dicho de otro modo, es la dimensión del tiempo retenida en la hendidura”¹⁵.

Y de este modo también queda expresado en la Tesis XVI a propósito de la filosofía de la historia: “[el] concepto de un presente que no es tránsito, sino en el cual el tiempo está fijo y ha llegado a su detenimiento”¹⁶.

De este modo, el pasado no se configura como hecho consumado, sino que guarda en sí la potencia de volverse legible en este tiempo del ahora. La lectura de los hechos del pasado no podrá manifestarse sino a través de una imagen que la intercepta. Dice Benjamin al respecto: “La verdadera imagen del pretérito pasa fugazmente. Sólo como imagen que relampaguea en el instante de su cognoscibilidad para no ser vista ya más, puede el pretérito ser aferrado”¹⁷. Volveremos sobre este punto, decisivo para nuestra indagación sobre la actualidad.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 150.

¹⁵ Federico GALENDE, *Walter Benjamin y la destrucción*, op. cit., pág. 59.

¹⁶ Walter BENJAMIN, *La dialéctica en suspenso*, op. cit., pág. 50.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 41.

4 UNA HISTORIA EN IMÁGENES

La imagen, en este sentido, se encuentra en el centro del proceso histórico. Expone su propio carácter disruptivo. Escribe Didi-Huberman: “no es la imitación de las cosas, sino el intervalo hecho visible, la línea de fractura entre las cosas”¹⁸. Es que la imagen como manifestación de la interrupción no posee un lugar fijo y asignado para siempre en la historia, sino que es puro movimiento. Encierra en sí una temporalidad singular en la que el pasado se reconfigura constantemente, y logra manifestarse como una apertura a la superposición de tiempos heterogéneos de los que está hecha la historia. Permite ver las singularidades pensadas desde sus propias relaciones, movimientos e intervalos: una legibilidad del pasado expuesta en la imagen. Así lo expresa Benjamin: “Pues es una imagen irrecuperable del pasado que amenaza desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido en ella”¹⁹. Es en las imágenes donde el tiempo tiene una oportunidad de ser captado.

“(…) la imagen no está en la historia como un punto sobre una línea. La imagen no es ni un simple acontecimiento en el devenir histórico ni un bloque de eternidad insensible a las condiciones de ese devenir. Posee –o más bien produce– una temporalidad de doble faz: (…) Benjamin terminó de captarlo en términos de *dialéctica* y de *imagen dialéctica*²⁰.

Según Didi-Huberman, la imagen comprendida en términos de dialéctica hace estallar las históricas dicotomías que situaban de un lado la representación y del otro la presencia. Retomando la lectura de *El autor como productor*, afirma que ser materialista es justamente nunca separar la forma y el contenido. Antes bien, al artista le corresponde asumir el *tratamiento dialéctico* de ese inseparable lazo.

Tal como pensaba Benjamin, imagen es aquello que fulgura. Quisiéramos detenernos un momento en las figuras que se despliegan en este pensamiento. La imagen no sólo comprende una reflexión teórica en los textos de Benjamin, sino que a través de imágenes es que su pensamiento ha cobrado forma. El relámpago, el torbellino, la fulguración, el centelleo, el choque, la constelación son algunas de las figuras, insistentes y reiteradas, que persiguen sus escritos. En este sentido, en Benjamin se vuelven indisociables los modos de escribir y los modos de pensar. La imagen se torna legible como escritura. Sin embargo, advertimos que la relación

¹⁸ Georges DIDI-HUBERMAN, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011, pág. 166.

¹⁹ Walter BENJAMIN, *La dialéctica en suspenso*, op. cit., pág. 41.

²⁰ Georges DIDI-HUBERMAN, *Ante el tiempo*, op. cit., pág. 143.

entre escritura e imagen no remite a la vieja discusión entre forma y contenido, sino que ambas modalidades convergen en un tercer elemento que Benjamin convoca en la *imagen*. Un *pensar en imágenes* es lo que define primeramente a esta reflexión. “Lo específico de la configuración benjaminiana –escribe Sigrid Weigel– se halla, más bien, justamente en este pensar en imágenes, en la referencia a esas figuras en la que se presenta la realidad y se forja una tradición de imágenes de la historia”²¹. Este aspecto puede expresarse de modo más acabado quizás en *Dirección única*²² o en el inconcluso *Libro de los pasajes*²³, donde las figuras cobran más presencia en la singularidad de esos fragmentos, pero creemos también atraviesa y conforma un modo de leer gran parte de su obra²⁴. Afirmo Sigrid Weigel a propósito del vínculo entre imagen y escritura:

“Sus imágenes de pensamiento son como imágenes dialécticas pero escritas; más precisamente: constelaciones que literalmente han devenido escritura, en las que se desarrolla y se hace visible la dialéctica de imagen y pensamiento”²⁵.

Es en este pensar en imágenes –*Denkbilder*–, como ya mencionamos, que las oposiciones tradicionales se encuentran finalmente anuladas para así habitar en la dialéctica propia de las cosas. No obstante, esta dialéctica no permanece abstracta e irresuelta sino que en sí contiene un instante de apertura a la legibilidad. El instante para Benjamin se inscribe en la discontinuidad como modo de concebir la historia. Es decir, llegado cierto momento histórico, las imágenes pueden alcanzar un grado de legibilidad. Galende vuelve explícito el hecho de que la constelación benjaminiana exige para sí otra lectura que las acompañe.

“...esta lectura se ha propagado ya en todas direcciones y en todas las épocas y tiene en la discontinuidad el signo que la vuelve impronunciable para la historia. Pues lo suyo es un titilar o una oscilación, no la totalidad. Es decir que en el

²¹ Sigrid WEIGEL, *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamin*, Buenos Aires: Paidós, 1999, pág. 12.

²² Walter BENJAMIN, *Dirección única*, Madrid: Alfaguara, 1987.

²³ Walter BENJAMIN, *Libro de los pasajes*, op. cit.

²⁴ Dejaremos de lado la posición que delimita y diferencia los escritos del autor en etapas. Ya sea para referirse a los textos tempranos o de madurez, a los textos marxistas o teológicos, o a los textos filosóficos o literarios. Lo que tampoco significa comprender su obra en términos de una unidad homogénea. Escribe Michael Löwy al respecto: “Para comprender el curso de su pensamiento es preciso, por tanto, considerar de manera simultánea la continuidad de ciertos temas esenciales y los diversos virajes y rupturas que jalonan su trayectoria intelectual y política” Michael LÖWY, *Walter Benjamin: Aviso de incendio*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico, pág. 17. Nos interesa, más bien, suspender esta distinción de la obra de Benjamin para poner un mayor énfasis en una reflexión sobre el *pensar en imágenes*.

²⁵ Sigrid WEIGEL, *Cuerpo, imagen y espacio*, op.cit., pág. 100.

seno de la representación histórica, esta legibilidad titila y es, como cada estrella, la ruina en que lo efímero y lo eterno se entrecruzan”²⁶.

El instante de legibilidad nos remite nuevamente al sentido que Benjamin le otorga al presente en términos de tiempo-ahora. Las imágenes pueden alcanzar legibilidad fuera de su propio tiempo, en un tiempo-ahora, en el instante en que las cosas abandonan su curso; logran manifestarse en la actualidad y adquirir una cognoscibilidad no totalmente nueva pero sí diferente. Ésta, quizás, sea la apuesta del pensamiento de Sigrid Weigel: los textos de Benjamin pueden adquirir una nueva legibilidad en este movimiento propio de las imágenes.

El *pensar en imágenes* no hace referencia a un modo de pensamiento metafórico o poético. Más bien, dice Sigrid Weigel, es “un modo de llevar adelante una reflexión filosófica que coloca fuera de juego al propio discurso filosófico considerado como metadiscurso”²⁷. No es que la imagen ocupa el lugar del concepto de modo que ésta finalmente podría también ser expresada por cualquier categoría. La imagen no es un suplemento que acompaña a la reflexión. En Benjamin no podría manifestarse de otro modo ya que tiempo (movimiento de la historia) y acción²⁸ se reúnen y articulan en la imagen. En definitiva, el pensamiento toma forma en la imagen, por la imagen. Por un lado, asume el desarrollo de un pensamiento -reflexión teórica en Benjamin-, pero, además, la representación de estas imágenes se traduce en la escritura en figuras-pensamiento. Conforman así una dialéctica entre la imagen y el pensamiento que se torna visible en la escritura.

5 DIALÉCTICA E INTERRUPCIÓN

De este modo, imagen, historia y dialéctica componen una constelación en el pensamiento benjaminiano, donde las relaciones no son ni pueden ser causales, pero comparten una estela que las vuelve inseparables. La dialéctica, situada en el centro de la reflexión, presenta un movimiento oscilatorio que expone por un lado una caída o una irrupción, pero también una alteración, una inversión de las cosas. Un

²⁶ Federico GALENDE, *Walter Benjamin y la destrucción*, op. cit., pág. 63.

²⁷ Sigrid WEIGEL, *Cuerpo, imagen y espacio*, op. cit., pág. 38.

²⁸ Weigel hace referencia, en los textos de Benjamin –precisamente en “El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea”, al concepto de acción propia de las ideas representadas *in actu* que aparecen permeadas en la imagen, conformando así una confluencia entre el actuar y el pensar como base del concepto de actualidad. Mencionamos además que el presente estudio de Weigel articula las nociones de imagen y cuerpo, a partir de una perspectiva de género, donde la acción cobra otros sentidos que exceden el presente escrito.

modelo dialéctico como modo posible de abandonar para la historia la idea de un pasado inmóvil. Entonces, habrá que pensar la dialéctica como movimiento, pero también como interrupción: dispone de elementos distantes que luego reúne, no para describir los progresos de la razón histórica, sino para mostrar las contradicciones propias de los componentes heterogéneos.

“Al pensar pertenece tanto el movimiento como la detención de los pensamientos. Allí donde el pensar, en una constelación saturada de tensiones, llega a detenerse, aparece la imagen dialéctica. Es la cesura en el movimiento del pensar. Su lugar no es, por supuesto, un lugar cualquiera. Hay que buscarlo, por decirlo brevemente, allí donde la tensión entre las oposiciones dialécticas es máxima. Por consiguiente, el objeto mismo construido en la exposición materialista de la historia es la imagen dialéctica. Es idéntico al objeto histórico; justifica que se le haga saltar del continuo del curso de la historia”²⁹.

Este conocido fragmento de la obra de Benjamin expresa una vez más las discontinuidades propias de la historia y nos permite ver otro orden de las cosas. Todo acontecimiento histórico que no sea contemplado como relato cronológico exige en su lectura un desplazamiento en dos sentidos: como hecho recuperado, renovado; y al mismo tiempo como inacabado, abierto, siempre en vías de hacerse. Lo que expone Benjamin tanto al interior de la historia como al interior de la imagen es el choque que, además de conformarse como una de las figuras propias de su pensamiento, remite a una temporalidad que no se extiende a la sucesión de épocas de la historia, sino más bien posa la mirada en ese movimiento turbulento que se dirige a múltiples direcciones. Esta idea se aproxima a la noción de *interrupción*. Lo que le interesa a Benjamin es exponer ese choque, pero no como vacío, sino como modo de habitar el *entre* de las heterogeneidades. Se disuelve así el principio homogéneo de totalidad para dar lugar a lo fragmentario, propio de la historia y de la imagen. Es lo eterno que sólo tiene lugar en lo efímero, en el instante de la duración de un relámpago. Precisamente a esto apunta Benjamin en su reflexión sobre la imagen: no refiere a una relación temporal entre pasado y presente, sino “a la descarga dialéctica de lo *sido* en el *ahora*”³⁰.

La *dialéctica en suspenso*, tal como Benjamin definía a la imagen, expresa una vez más ese momento de detención, que significa a su vez una apertura del pensamiento y de la historia. Esta suspensión permite pensar la cesura como zona de pensa-

²⁹ Walter BENJAMIN, *Libro de los pasajes*, op. cit., pág. 478.

³⁰ Federico GALENDE, *Walter Benjamin y la destrucción*, op. cit., pág. 51.

miento, como inmovilización momentánea de éste, como punto donde emerge la imagen. En *Ante el tiempo*, afirma Didi-Huberman: “Pero esta cesura en la continuidad no es simplemente una interrupción del ritmo: hace emerger un contrarritmo, un ritmo de tiempos heterogéneos sincopando el ritmo de la historia”³¹. Es la posibilidad de que acontezca una imagen entrecortada en el curso de la historia.

En los escritos sobre el teatro de Brecht, Benjamin profundiza sobre el carácter de la *detención*: “El estancamiento en el real flujo de la vida, ese instante en que su curso se detiene, es perceptible como reflujo. Su verdadero tema es la dialéctica en estado de detención”³². ¿Qué es lo que plasma la interrupción? Resguarda quizás una fuerte apuesta en el proyecto de los escritos benjaminianos, sobre la posibilidad misma de una teoría del conocimiento, de un nuevo modo de acceder a él. Porque donde se detiene el sentido, se abre ante nosotros la oportunidad de comprender en la imagen que emerge una nueva concepción del tiempo. Se trata de un conocimiento que no se encuentra determinado por su propio contenido, sino que en los contornos de sus pausas y acentuaciones ilumina otras zonas del pensamiento. En estos términos, *interrupción* no significa simplemente detención sino un umbral entre lo inmóvil y el movimiento, precisamente oscilación entre ambos elementos. No comprende el momento de detención al que le seguirá la reanudación de su curso, sino que interrupción en Benjamin expresa esa pausa cargada de las tensiones que resultan de ambos términos:

“(…) para Benjamin, lo esencial no es el movimiento que, en virtud de la mediación conduce a la *Aufhebung* de la contradicción, sino el momento de la parada, de la *detención*, en que el medio queda expuesto como una zona de indiferencia –como tal necesariamente ambigua– entre los dos términos opuestos”³³.

En estas anotaciones sobre el concepto de dialéctica no olvidemos que no podemos separarlo de los términos que el misma niega, más bien lo que sucede es que éstos pierden su identidad para transformarse en los dos polos de una misma tensión dialéctica. La discontinuidad y la interrupción serán las nociones más importantes para reformulación de la historia benjaminiana, donde esa tensión dialéctica logra relacionar un instante del pasado con el presente. Y también significa punto de partida de muchas lecturas que se reúnen y posicionan a la obra de Benjamin como una teoría de los umbrales, donde precisamente la detención se torna espacio

³¹ Georges DIDI-HUBERMAN, *Ante el tiempo*, op. cit., pág. 171.

³² Walter BENJAMIN, *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Madrid: Taurus, 1999, pág. 29.

³³ Giorgio AGAMBEN, *Ninfas*, Valencia: Pre-textos, 2010, págs. 31-32.

de reflexión. Este instante de suspensión comprende el movimiento de la historia y de la imagen, pero sobre todo vislumbra la posibilidad de que todo lo que alguna vez sucedió se encuentre abierto a alcanzar una actualidad mayor con la que contaba en su propio tiempo. Incluso nos permite postular que no estamos condenados a la eterna repetición de la historia.

6 A PROPÓSITO DE LA ACTUALIDAD Y EL PRESENTE

Desde la reformulación benjaminiana de la historia anteriormente mencionada, podemos afirmar que no hay historia más que desde la actualidad del presente. Pero no de un presente homogéneo que se constituye como unidad histórica. La actualidad sólo se da como apertura, y es ahí donde toda transformación posible tiene lugar. No es que la actualidad se constituya como un tiempo, más bien se encuentra fuera de tiempo, como una constelación de diversos fragmentos en la que cualquier presente se vuelve intempestivo. Si la actualidad se expone según la singularidad de cada fragmento en su devenir, podemos pensarla también bajo la idea de un montaje en donde el encuentro de elementos alejados y diferentes entre sí convergen en un punto de despliegue regido sólo por el choque que lo compone. Un montaje de tiempos anacrónicos que se construye en la base de un movimiento entrecortado.

“Pero si consideramos el tiempo, el espacio, la actualidad (...) como distribución, en cada caso, de singularidades múltiples y de las crispaciones entre ellas, entonces el espacio, el tiempo y la actualidad dejarán de ser continentes comunes, para volverse singulares y fragmentarios en cada caso”³⁴.

Lo que procura el montaje es la disolución de un presupuesto general que lo configure para dar lugar al *ahí* singular de cada caso. El montaje, como el despliegue visual de las discontinuidades del tiempo que se hallan presentes en la historia, asegura en su apertura una dislocación del orden establecido. En éste se produce un nuevo reparto que habilita nuevas posibilidades para la historia y precisamente ahí reside su potencia creadora. Esta potencia es la misma que se inscribe en la noción de actualidad, cada vez que en ella el instante de legibilidad emerge. Es por esto que, ante la pregunta que nos convoca sobre cómo habitar el presente, en este escenario signado por la clausura –que lleva años proclamándose– creemos todavía

³⁴ Willy THAYER, *Tecnologías de la crítica. Entre Walter Benjamin y Gilles Deleuze*, Santiago de Chile: Metales pesados, 2010, pág. 130.

en la posibilidad de un recomienzo en lo ya dado. La condición de posibilidad de un recomienzo para la historia está dada precisamente en las ruinas signadas por el fin de los grandes relatos.

En estos términos, lo que restituye esta lectura que se interroga por lo actual es la posibilidad de concebir el alcance de otra experiencia con la historia donde lo que comprendió Benjamin como tiempo-ahora no es algo que irrumpe en el relato histórico, un exterior que trastoca su curso, sino que concibe, más bien, la historia bajo la forma de esta temporalidad singular que permite reactivar ciertos sentidos en ruinas. No es la contemplación o la mirada melancólica la que domina este escenario, sino que el recomienzo asume para sí la tarea de volver a preguntarnos por cómo concebir el presente, cómo construirlo a partir de los restos.

Volvemos entonces a la pregunta inicial por cómo habitar nuestro tiempo, o mejor, por cómo ser contemporáneos. En el ensayo llamado “¿Qué es lo contemporáneo?”³⁵ Agamben expone que ser contemporáneo significa establecer un vínculo singular con el propio tiempo y esta singularidad se encuentra determinada por una distancia. Hay una sospecha –dice Agamben– en aquellos que coinciden plenamente con su época; más bien lo que encierra el pensamiento sobre nuestro propio tiempo es una cuestión de desfase, un desplazamiento con la época. Lo contemporáneo –como lo actual– no tiene lugar en la línea cronológica del tiempo, sino que vacila entre lo ya lo sucedido y lo no todavía. Su lugar es propio de la figura del *umbral* donde se da la apertura de la discontinuidad de los tiempos. “La contemporaneidad comporta cierta *soltura*, cierto desfase, en el que su actualidad incluye dentro de sí una pequeña parte de su afuera”³⁶. Lo contemporáneo se inscribe en el presente, pero de un modo singular: signa su propio tiempo como arcaico, como devenir histórico que no deja de operar en éste y sólo así el pasado *late con tanta fuerza como en el presente*. O dicho en palabras de Benjamin, cobra un índice de actualidad aún mayor. Ser contemporáneos es habitar la cesura, en el *punto de fractura* donde los diferentes tiempos se encuentran. Este tiempo guarda en sí la capacidad de relacionar consigo mismo cada instante del pasado.

La actualidad de nuestro tiempo no busca hacer actual el pensamiento de Benjamin, en el sentido de realizar una práctica de la recepción de sus escritos, de explorar qué zonas de pensamiento permanecen vivas. Ciertamente, ese no será nuestro modo de ser contemporáneos. Lo que sí creemos es que muchos de sus

³⁵ Giorgio AGAMBEN, *Desnudez*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011.

³⁶ *Ibid.*, pág. 25.

interrogantes a nuestro tiempo siguen manifestándose. Y bajo esta perspectiva tendremos la oportunidad de hacer de nuestro tiempo un espacio de reflexión y de acción. La posibilidad de leer en el presente, en nuestra contemporaneidad, algo más que el agotamiento de la historia. Como supo decir Didi-Huberman: “no habrá última palabra. Hará falta todavía desmontar todo de nuevo, remontar todo. Ensayar otra vez”³⁷.

³⁷ Georges DIDI-HUBERMAN, *Remontajes del tiempo parecido El ojo de la historia 2*, Buenos Aires: Bliblos/Unversidad del Cine, 2015, pág. 98.